flúidos y las demás calidades mecánicas ó químicas de los cuerpos sean el sujeto de la sensacion? En las obras de la naturaleza como en las del arte, hallamos continuamente que una cosa es condicion necesaria para otra, sin que aquella sea el sujeto de esta. En la confusion de dos ideas tan diferentes está el vicio del argumento: señalada la diferencia, la objecion se disipa como el humo.

CAPÍTULO VIII.

CLASIFICACION DE LAS SENSACIONES EN INMANENTES Y REPRESENTATIVAS.

41. Las sensaciones son de dos clases inmanentes: y representativas. Llamo inmanentes á las que son simples afecciones de nuestra alma, sin relacion á ningun objeto distinto de ella; y representativas á las que nos representan algo fuera de nosotros. En vez de inmanentes y representativas, tambien se las podria llamar intransitivas y transitivas; porque las primeras no nos hacen pasar al objeto, y las segundas nos trasladan á él, haciéndonos salir fuera de los fenómenos internos. Una sensacion dolorosa, como de una punzada, no nos ofrece nada distinto de sí misma; solo experimentamos aquella sensacion, simple afeccion de nuestra alma; pero la vista de un cuadro que tenemos delante, ó el tacto de una bola que se mueve en nuestra mano, son sensaciones que se refieren á objetos externos representados por ellas. (V. *Filosofía fundamental*, lib. IV, cap. X.)

42. Si bien se reflexiona, solo la vista y el tacto tienen sensaciones representativas; pues que ni el sonido, ni el olor, ni el sabor pueden ser tomados como copias de cosas externas. La vibracion del aire es un hecho puramente mecánico que nada tiene de parecido al fenómeno que llamamos oir; el contacto de las partículas de los cuerpos olorosos ó sabrosos es otro hecho tambien mecánico ó químico, que no puede confundirse con los fenómenos internos, oler y gustar.

No sucede lo mismo con la vista y el tacto, pues que estos sentidos nos comunican sensaciones representativas de algo distinto de ellas; y aunque la sensacion esté en nosotros,

tenemos sin embargo una irresistible inclinacion á mirarla como una especie de copia de un objeto que está fuera de nosotros.

43. Si experimentamos un dolor agudo semejante al de una punzada ó de una quemadura, sin que se nos punce ni queme, fácilmente nos convenceremos de que no hay la causa externa, tan pronto como nos lo haya indicado así la vista ó el tacto; mas si vemos un cuadro, nadie nos podrá persuadir que el cuadro no existe; y si por casualidad tuviésemos la imaginacion trastornada y los circunstantes nos avisasen de que nos engañamos, toda la reflexion no bastaria para dominar completamente la impresion por la cual nos pareciese que hay en realidad el cuadro. La razon de la diferencia está en que la impresion dolorosa no es por su naturaleza representativa; y que si le atribuimos un objeto externo es únicamente por la reflexion, fundada en la analogía de lo que hemos experimentado otras veces; y por el contrario, la sensacion de la vista es esencialmente representativa del objeto que la produce.

44. El ejemplo anterior manifiesta que la vista es el sentido representativo por excelencia, pues que el tacto lo es únicamente en sensaciones de cierta clase y nunca con tenacidad igual á la de la vista. El frio, el calor, el dolor de una punzada y otras sensaciones semejantes pertenecen al tacto, y no obstante tampoco experimentamos una irresistible inclinacion á atribuirles objeto externo. Siendo muy de notar que aun estando ciertos de que este exista, no miramos á la sensacion como copia del mismo, sino como efecto, excepto el caso en que se trata de figuras.

45. La comparacion con los tres sentidos restantes confirma la exactitud de la clasificacion. Un olor, un sabor, los referimos á un objeto externo cuando así lo indican las circunstancias; pero cuando se ofrecen dudas, no experimentamos repugnancia en achacarlo á la disposicion de nuestros órganos. Tocante al oido ya es algo mayor la dificultad, por la costumbre de juzgar sobre cosas externas; mas tampoco necesitamos de grande esfuerzo para creer que un ruido semejante al de una catarata está solo en nuestros oidos enfermos. Pero ¿quién es capaz de persuadirse que no hay lo que ve presente, lo que cree sentir entre las manos? Cuando estuviese la imaginacion trastornada, un esfuerzo de reflexion llegará quizás á convencer al maniá-

tico de que en efecto no existen los tales objetos; pero esta conviccion es de la razon pura, no alcanza á destruir el juicio instintivo, por decirlo así, que nace de la sensibilidad; y el desgraciado sufre mucho al ver contradiccion entre lo que conoce y lo que siente. Una parte inflamada nos parece que se quema; sabemos que no es así y permanecemos tranquilos; pero si el doliente, por un trastorno cerebral, creyese ver un hierro echo ascua que se aplica á su mano, ¿quién lograria tranquilizarle?

46. Es de notar que las monomanías se refieren muy especialmente á las sensaciones representativas, porque siendo estas las que nos ponen en relacion con los objetos externos, se perturba el uso de las facultades intelectuales cuando creemos que hay realmente esos objetos, no obstante que solo existen en nuestra imaginacion. Una alteracion cerebral que excitase continuamente la sensacion de un olor fétido, produciria una monomanía verdadera; pero la perturbacion de las facultades intelectuales del enfermo no seria tan notable, ni tan profunda, ni quizás tan difícil de remediar, como si creyese ver una mano misteriosa que le aplica siempre á las narices el cuerpo fétido.

CAPÍTULO IX.

CARACTÉRES DISTINTIVOS DE LA VIGILIA Y DEL SUEÑO.

47. Nótese que por ahora solo consignamos el carácter representativo de algunas sensaciones considerado en general, prescindiendo de su naturaleza propia, y de su valor como criterio. De esto trataremos en los capítulos siguientes.

48. Nuestros medios de comunicacion con el mundo corpóreo son los sentidos; y así conviene examinar si su testimonio es un segundo criterio de la verdad.

49. La cuestion que mas comunmente se ofrece la primera, es si podemos distinguir el sueño de la vigilia. Cuando soñamos nos parece que estamos en comunicacion actual con objetos reales, los que sin embargo solo existen en nuestra imaginacion. Este error lo padece muchísimas noches gran parte de

los hombres, y lo rectifica todas las mañanas; ¿seria posible que nuestra vida entera fuese un sueño, y que la vigilia no fuera mas que un sueño de nueva forma?

50. La claridad y viveza de las afecciones sensibles no es suficiente indicio de la realidad de los objetos. Si bien es verdad que muchas veces las impresiones experimentadas en los sueños son débiles y oscuras, tampoco puede negarse que con harta frecuencia son tan vivas y claras, que nos causan afecciones de alegría, tristeza, esperanza, temor, espanto, como si estuviésemos dispiertos.

51. Por lo dicho se ve que es necesario buscar otras diferencias características; hélas aquí. 1ª. Las sensaciones de la vigilia están sujetas á nuestra voluntad, no solo en cuanto á sus modificaciones sino tambien á su existencia. Veo este papel porque quiero; si no quiero me lo quito de delante, y la sensacion de la vista desaparece. 2ª. En la vigilia nos hallamos en la plenitud de nuestras facultades, reflexionamos sobre las sensaciones, las comparamos con otras actuales ó pasadas, y aun con las soñadas, y esto constantemente. 3ª. Reina un órden fijo entre las sensaciones de la vigilia; se suceden por una conexion de causas que nosotros conocemos y modificamos de mil maneras.

52. Lo contrario sucede en el sueño: las sensaciones se nos ofrecen, y para atraerlas ó desviarlas nada puede nuestra voluntad. No somos capaces de reflexionar sobre las mismas, y si llegamos á tener alguna vislumbre de reflexion, es siempre débil é incoherente. Por fin, las sensaciones del sueño se nos ofrecen en completo desórden, sin relacion á lo presente ni á lo pasado; y cuando están mas conexas, todavía forman una cadena rota por mil puntos. Son grupos de fenómenos aislados, sin enlace fijo en el curso de nuestra vida; cada noche nos alucinan, pero cada mañana los despreciamos.

53. La prueba evidente de que hay una diferencia esencial entre las impresiones del sueño y las de la vigilia, está en que durante el sueño nunca dudamos siquiera de la realidad de las de la vigilia; y dispiertos, estamos siempre seguros de que las del sueño son vanas ilusiones. (V. *Filosofía fundamental*, lib. II, cap. III.)

-o§§o-

CAPÍTULO X.

REALIDAD EXTERNA Y CARACTÉRES GENERALES DE LOS OBJETOS DE LA SENSACION.

54. Señalada la diferencia entre el sueño y la vigilia, resta todavía demostrar que á las sensaciones les corresponde algo real y fuera de nosotros; porque sin esta demostracion los escépticos podian decir, que aun cuando haya en nosotros dos órdenes diferentes de fenómenos, cuales son los del sueño y la vigilia, falta saber si unos y otros son algo mas que puros hechos de nuestra alma, sin ningun objeto externo, ó bien efectos producidos en ella por agentes desconocidos que se complazcan en causarnos ilusiones. Para mayor claridad y solidez, asentaré y probaré varias proposiciones fundamentales.

PROPOSICION I.

55. Muchas sensaciones son del todo independientes de nuestra voluntad.

Nos sucede con harta frecuencia experimentarlas, no solo sin quererlo, sino á pesar de querer todo lo contrario. Llegan á nuestros ojos objetos que nos ofenden; atormenta nuestros oidos un ruido molesto; el gusto y el olfato reciben impresiones repugnantes; el frio, el calor, los cuerpos duros ó ásperos mortifican el tacto; en las enfermedades sentimos dolores crueles, que no podemos evitar.

PROPOSICION II.

56. Aun en los casos en que está en nuestra mano el recibir ó no determinadas sensaciones, estas se hallan sujetas á condiciones independientes de nuestra voluntad.

Si no queremos ver la luz, lo conseguimos tapándonos los ojos; pero nos es imposible dejar de verla si los tenemos abiertos. Apartándonos de la lumbre ó del sol dejamos de experimentar la sensacion del calor, pero nos es imposible evitarla permaneciendo junto al fuego ó expuestos á los rayos solares.

Para no oir un ruido no tenemos otro medio que retirarnos; para no sentir un mal olor no hay otro recurso que taparse las narices ó alejarse del sitio; y si no queremos experimentar un sabor ingrato, es necesario que no apliquemos al paladar el cuerpo que lo causa.

PROPOSICION III.

57. Las sensaciones no son hechos puramente internos que dependan unos de otros.

La misma sensacion nos viene después de varias muy diferentes entre sí. La de la luz, por ejemplo, la experimento después de una sensacion de tacto que me resulta de abrir la ventana; después de la sensacion de una voz ajena que me dice que va á abrirla; de la voz mia, si dispongo que se abra; ó sin ninguna de estas sensaciones, viéndola abierta de improviso. La sensacion de quemadura en la mano la experimento después de la sensacion de aproximarla á la llama, á una ascua, á un hierro ardiente. Es fácil multiplicar los ejemplos de esta clase en todos los sentidos.

58. Cuando las sensaciones dependen unas de otras, es siempre con limitacion á ciertas condiciones; lo que manifiesta que la serie de los fenómenos no es puramente interna.

Constantemente después de la sensacion de abrir una ventana, veo un paisaje determinado: aquí la condicion de ver el paisaje está continuamente enlazada con la de abrir el postigo; pero este enlace no es necesario, pues se alterará si un dia me encuentro con que han levantado una pared que me impide la vista.

PROPOSICION IV.

59. Las sensaciones son producidas en nosotros por causas sometidas á un órden necesario.

La experiencia atestigua, que poniendo ciertas condiciones podemos producirnos sensaciones determinadas: si quiero ver muchas veces un objeto, lo veré en realidad situándolo delante de mí; y otras tantas dejaré de verlo si me lo quito de la presencia. Esto indica que el objeto de la sensacion no es libre

para producirla ó no, sino que está sujeto á leyes necesarias en sus relaciones con mis órganos.

El mismo objeto, á pesar de ponérseme delante, no será visto si está á oscuras, lo que prueba que, en faltando la condicion de la luz, la sensacion no puede ser producida por el objeto. Luego este se halla en relaciones necesarias, no solo con mis órganos, sino tambien con otros seres de la naturaleza independientes de la accion del mismo, como de la voluntad del ser sensitivo.

60. Luego las sensaciones son fenómenos producidos en nuestra alma por seres distintos de ella, no sometidos á nuestra voluntad, y sujetos á un órden necesario, entre sí, y con relacion á nuestros órganos. Queda pues demostrado del modo mas rigoroso, que las sensaciones no son fenómenos puramente internos, y por consiguiente resulta convencido de contrario á la razon el escepticismo idealista.

CAPÍTULO XI.

ANÁLISIS DE LA OBJETIVIDAD DE ALGUNAS SENSACIONES.

61. Examinemos ahora una cuestion mas delicada; ¿qué son los objetos que nos causan las sensaciones? ¿El mundo externo está realmente representado en ellas como el original en su copia? ¿Los colores, los sonidos, el olor, el sabor, el calor, el frio y demás calidades relativas al tacto, se hallan realmente en los objetos ó están solo en nosotros?

En el capítulo precedente hemos demostrado la realidad, y ciertos caractéres generales de los objetos; ahora se trata de saber si esta realidad comparada con la sensacion, es causal ó representada; en otros términos, si la sensacion es una imágen ó solo un efecto del objeto que la produce.

62. Nuestras sensaciones de color, sonido, sabor, olor, y aun algunas afecciones del tacto, no son representativas de calidades que estén en los objetos.

63. ¿Qué es el calor en cuanto sensacion? Es una afeccion de nuestro ser sensitivo; decir pues que en el objeto mismo

hay algo semejante, es atribuirle sensibilidad. Un alfiler punzando nos causa una sensacion dolorosa; y sin embargo no nos ocurre siquiera que en la punta del alfiler haya algo parecido al dolor de la punzada. La paridad no admite réplica; y si queremos dar á los cuerpos que nos calientan una propiedad semejante al calor que nos causan, debemos por la misma razon atribuir dolores á la punta de un alfiler, al canto de una piedra, ó á otro cuerpo que nos lastime.

64. Es evidente que lo mismo se puede decir del frio y algunas otras calidades relativas al tacto; y por consiguiente debemos inferir que en los objetos externos hay configuraciones, movimientos, propiedades mecánicas ó químicas que afectan de cierta manera nuestro órgano; pero no que ellos tengan calidades cuya copia sean las sensaciones.

65. El mismo raciocinio se puede aplicar al olor, al sabor y al sonido. Estas cosas son fenómenos propios del ser sensitivo: imaginar en la comida un olor y sabor semejantes á los que nos causa, es atribuirle olfato y gusto; así como el hacer del sonido una cosa externa, inherente al cuerpo sonoro, es animar hasta los inorgánicos, entre los cuales se hallan los mas sonoros.

66. Es verdad que, por falta de reflexion, atribuimos estas calidades á los objetos; pero lo hacemos de una manera confusa, sin deslindar entre el carácter de representacion y el de efecto. Ni tampoco es del todo exacto que traslademos estas calidades á lo exterior; aquí hay mas confusion de palabras que de ideas. Pregúntese al hombre mas ignorante si cree que en el fuego haya una cosa que *sienta* calor como lo siente él, y responderá que no; preguntadle si en el hielo hay un ser que tenga frio como lo tiene él, y contestará que no; dirá que el fuego *causa* calor, pero no que *sienta* calor; que el hielo es frio, mas no que *tenga* frio. Si se le insta para que deslinde bien estas cosas, se verá confundido, porque no está acostumbrado á reflexionar sobre ellas, á distinguir lo puramente objetivo de lo puramente subjetivo; pero esto no significa que en el fondo su equivocacion sea tanta como algunos creen.

67. Con respecto al color ya se ofrecen mas dificultades para deshacerse de la preocupacion, porque en realidad tenemos muy arraigada la creencia de que en la superficie están

los verdaderos colores, y que nuestras sensaciones no son mas que una copia de lo que hay en el objeto externo. La luz nos parece una condicion necesaria para ver el color, pero no el color mismo. No obstante, reflexionando detenidamente, se descubre que no hay diferencia entre esta sensacion y las demás.

68. La sensacion del color, por lo mismo que es sensacion, es un fenómeno inherente al ser sensitivo, un hecho de conciencia: luego el imaginar fuera de nosotros algo semejante, es atribuir á los cuerpos vistos la facultad de ver.

69. En apoyo de esta razon de estética trascendental, vienen las observaciones físicas, las cuales manifiestan que en el color no hay nada fijo, y que todo es relativo á nuestra organizacion y á los cuerpos intermedios. Un papel blanco resulta pintado de lindos colores si se interpone un prisma que rompa los rayos solares, lo cual muestra que segun la direccion de estos y el modo con que se combinan, experimentamos una sensacion diferente. Si el ojo, en vez de humores perfectamente trasparentes, los tuviese colorados, veríamos los objetos de diverso color, segun fuese el de los humores; de lo cual nos podemos formar una idea, considerando que, si miramos al través de un vidrio de color, todo lo vemos del mismo color.

70. Sin que se llegue á un trastorno de esta naturaleza, es muy probable que hay entre los hombres no pocas diferencias en cuanto á los colores: no es regular que todos los vean exactamente de una misma manera, habiendo tantas diferencias entre los órganos de los varios individuos.

71. Estas ligeras diferencias, dado caso que las haya en cuanto á los colores, no pueden producir ninguna perturbacion en el uso comun, pues no resultaria ni aun cuando fuesen muy graves, suponiendo, por ejemplo, que un individuo viese amarillo todo lo que los demás ven encarnado. La razon es porque, siendo el vicio de nacimiento, las palabras y cuanto sirviese á designar los objetos y las sensaciones seria lo mismo, la diferencia estaria en el ser sensitivo, sin que jamás la sospechase ni él ni los otros.

72. Esta teoría no despoja, por decirlo así, á la naturaleza de sus galas sino para trasladarlas á nuestro interior, pues que manifiesta que no tanto se hallan en los cuerpos, como en el

ser admirable que está dentro de nosotros. La naturaleza es hermosa cuando hay un ser que conoce ó siente su hermosura; esta es relativa: si se le quita la relacion con lo viviente debe de ser hermosa, y se convierte en un abismo de tinieblas y silencio. La belleza de los colores, la armonía de la música, la fragancia de los aromas, la delicadeza de los sabores están en nosotros; el mundo es un conjunto de objetos que no encierran nada parecido á estos fenómenos del ser viviente; su belleza principal está en sus relaciones con nuestros órganos para causarnos las sensaciones: lo mas recóndito y admirable de este asombroso misterio está en nosotros mismos.

CAPÍTULO XII.

REALIDAD OBJETIVA DE LA EXTENSION.

73. El idealismo quedaria triunfante si no encontrásemos en los objetos externos algo parecido á nuestras sensaciones; porque si, después de haber dicho que el color, sonido, olor, sabor, calor, frio y otras calidades sensibles son, con respecto á las sensaciones, no originales que en ellos se nos retraten sino causas que las producen, afirmásemos lo mismo de la extension, el mundo resultaria inextenso, y se arruinarian todas las ideas que tenemos sobre el universo corpóreo. En tal caso debiéramos admitir que hay seres que causan nuestras sensaciones, pero nada mas sabríamos sobre ellos; y todas las nociones de la ciencia geométrica no tendrian ninguna correspondencia en la realidad. Es pues de la mayor importancia el señalar la diferencia entre la sensacion de la extension y las demás, probando que aquélla debe tomarse como una copia de lo que realmente existe en la naturaleza, y que los objetos no solo nos causan la impresion de ciertas formas, sino que en efecto las poseen semejantes á las que se representan en nuestro interior. Demostraremos, pues, la siguiente proposicion.

74. La extension de los objetos de nuestras sensaciones, ó sea el conjunto de las dimensiones de longitud, latitud y profundidad, es una cosa real fuera de nosotros.

75. La verdad de esta proposicion se prueba primeramente por la invencible resistencia que experimentamos al intentar ponerla en duda. Sin dificultad nos persuadimos de que una manzana que está á nuestra vista no tiene nada semejante á las sensaciones de sabor y olor que nos produce; y que ella en sí solo posee ciertas partículas que, llegando al olfato ó al paladar, nos causan dichos efectos. Tampoco encontramos inconveniente en creer que el frio ó el calor, tales como los experimentamos al tocarla, no están en ella, y que solo posee las calidades necesarias para excitarlos en nosotros. El leve ruido que hace al manosearla, lo atribuimos, sin costarnos trabajo, á sus vibraciones que conmueven un poco el aire. Por fin, tampoco encontramos mucha dificultad en que se diga que su color no es una calidad de la misma, y que solo dimana de la manera especial con que la luz refleja en su superficie. Pero si, después de haber despojado á la manzana de sus calidades sensibles, intentamos despojarla tambien de su extension, afirmando que no tiene ningun volúmen, que carece de partes, que su extension se halla solo representada en nosotros, pero que en realidad no hay nada semejante, y si únicamente un ser que nos produce la representacion interna de la misma, nos es imposible asentir á semejante paradoja, y todos los esfuerzos de la voluntad no bastan á dominar la voz de la naturaleza. ¿Quién es capaz de persuadirse que su propio cuerpo no tiene parte alguna; que no es largo, ni ancho, ni hondo; que lo mismo son los objetos que le rodean; que no hay distancias; que no hay cosas grandes ni pequeñas; y que todo cuanto significamos con estos nombres no son mas que apariencias, fenómenos puramente internos, causados en nosotros por seres que no tienen nada semejante?

76. Mientras nos resta en los objetos la extension, explicamos cómo nos pueden causar las sensaciones; porque de ellos salen columnas de flúidos que afectan nuestros órganos, su superficie se aplica á la de nuestro cuerpo para producirnos las sensaciones del tacto, y en ella se reflejan los rayos de luz que vienen á nuestros ojos; pero si no hay en los objetos extension, no hay partes, no pueden enviarnos efluvios, ni ofrecernos superficies; todo se trastorna en nosotros y fuera de nosotros.

77. La geometría es una de las ciencias mas ciertas y evidentes; y sin embargo desaparece del todo si quitamos á los objetos la extension. Claro es que al hablar de volúmenes, superficies y líneas, no tratamos de estas cosas en cuanto están en nuestro interior, sino en cuanto se hallan en lo exterior, ó reales ó posibles. Admitiendo la hipótesis idealista, la geometría se reduce á combinaciones de hechos puramente internos, á los cuales no se sabe que corresponda ningun objeto, real ni posible; por consiguiente pierde su naturaleza; y una de las ciencias mas ciertas y evidentes se reduce á un juego de palabras cuando se quieran hacer aplicaciones de ella en lo exterior.

78. Las ciencias naturales desaparecen tambien en faltando la extension. Así, por ejemplo, cuando la catóptrica asienta que en la luz el ángulo de reflexion es igual al ángulo de incidencia, no podrá significar otra cosa sino que en la apariencia de eso que llamamos luz, la apariencia del ángulo de reflexion es igual á la apariencia del ángulo de incidencia. Cuando la mecánica establece que las fuerzas de una palanca están en razon inversa de la longitud de sus brazos, solo podrá significar que la apariencia de las fuerzas de una apariencia de palanca está en razon inversa de la aparente longitud de la apariencia de sus brazos. En vano nos hablará la astronomía de masas, volúmenes, velocidad y órbitas de los cuerpos celestes; no habiendo extension real, solo habrá apariencia de masas, volúmenes, movimientos, velocidades y órbitas; fenómenos internos que nos causaria no sabemos qué objeto, y que por una extrañeza inconcebible nos obligaria á creer real y fuera de nosotros, lo que es meramente ideal y solo está en nosotros.

79. La realidad objetiva de la extension no se prueba solamente manifestando las consecuencias absurdas que de lo contrario resultarian, sino tambien con demostracion fundada en la íntima naturaleza de la cosa. Vamos á ver este nuevo género de pruebas; pero adviértase ante todo, que al añadirlas no se quiere dar á entender que la primera no sea suficiente. Las demostraciones que estriban en lo absurdo de la suposicion contraria son tan sólidas como las directas; porque no puede ser nunca verdad lo que trae consecuencias repugnantes. Así, basta el haber manifestado que el negar la realidad objetiva de

la extension trastorna nuestras ideas científicas, para que jamás se la pueda poner en duda.

80. La extension analizada ideológicamente contiene : multiplicidad y continuidad. Multiplicidad , porque ningun ser extenso es uno, en todo el rigor de la palabra; por lo mismo que es extenso consta de partes, las que no se pueden concebir sin ser distintas entre sí. Continuidad, porque para formar extension no basta que haya muchos seres, es preciso que sean tales y estén de tal modo unidos que puedan constituirla. Si concebimos muchos espíritus nos resulta muchedumbre, y sin embargo no concebimos nada extenso. La aritmética se ocupa siempre de cosas múltiples, y no obstante, su objeto no es la extension.

81. Tanto la multiplicidad como la continuidad de los seres que nos causan las sensaciones, podemos conocerla por medio de estas. Cuando vemos ó tocamos un objeto, la sensacion se nos ofrece como de puntos distintos entre sí; y esto se halla en la misma naturaleza de dichas sensaciones. Nos es imposible ver un objeto si no hay en él partes distintas que se nos presenten; la vista de un punto indivisible es una idea contradictoria. Lo propio sucede en el tacto, pues que las sensaciones de este implican por necesidad una distincion entre las partes de cuyo conjunto y situacion nos informa.

82. La continuidad, es decir, la disposicion de los objetos bajo esa forma que llamamos extension, es un hecho que, aunque de cierto existe fuera de nosotros, y está representado en nuestro interior, no puede sujetarse á riguroso análisis. Nada significa el decir que la extension es la ocupacion del espacio, porque faltará entonces explicar en qué consiste la extension del mismo espacio. Añadir que ser extenso es hallarse unas partes *fuera* de otras, tampoco aclara nada, porque ese *fuera* no es concebible en no habiendo extension; luego entonces se explica la extension por la extension misma, y por tanto se incurre en el vicio de hacer entrar en la definicion la cosa definida.

83. Parece pues que nos es preciso mirar la extension externa como un hecho que no podemos analizar, sino para descubrir en él la multiplicidad y sujetarle á medida; y que su representacion interna la debemos considerar tambien como

un hecho primitivo de nuestro espíritu, que se desarrolla en nosotros tan pronto como se ponen en ejercicio las facultades sensitivas.

84. Aquí se nos puede objetar una dificultad. La extension, como representada en nosotros, es un fenómeno puramente interno, es una sensacion; luego si la atribuimos á los objetos externos, los hacemos sensitivos. Precisamente, este es el raciocinio con que hemos combatido la realidad objetiva de las calidades sensibles, consideradas como tipos de nuestras sensaciones; ¿porqué, pues, no se podrá aplicar á la extension? La dificultad se funda en una paridad y así quedará desvanecida, si señalamos las diferencias entre uno y otro caso.

85. La primera y mas obvia es que el negar la realidad objetiva de las calidades sensibles como tipos de nuestras sensaciones, no trastorna nuestras ideas científicas, lo que sucede si aplicamos lo mismo á la extension. Así, aun suponiendo que el raciocinio nos pareciera concluyente tambien para esta, deberíamos detenernos, porque no hay razon de ninguna especie que pueda legitimar la afirmacion de un absurdo. Cuando ocurre un conflicto de esta naturaleza, y el absurdo en que vamos á incurrir es evidente, la razon nos prescribe que reconozcamos un vicio oculto en el argumento que nos lleva á lo contradictorio.

Esta solucion desvanece la dificultad apelando, por decirlo así, á una prudencia filosófica; bastaria para no caer en el absurdo; sabríamos que hay disparidad, pero ignoraríamos en qué consiste y de dónde nace. Así conviene señalar otra diferencia, fundada en la misma naturaleza de la cosa.

86. La extension, aunque sea una condicion indispensable para el uso de los sentidos, no es objeto directo de ninguno de ellos. La vista y el tacto, que son los que se refieren á ella de un modo mas especial, no la sienten directa é inmediatamente. El ojo para ver los colores necesita tenerlos en una extension, pero no ve la extension misma, sino los colores; el tacto para sentir la blandura ó la aspereza necesita una extension, pero no siente la extension en sí misma, sino las calidades de blandura ó aspereza inherentes á ella.

Así la extension debe ser mirada como una especie de sujeto de las calidades sensibles de los objetos; pero no como objeto